

DOMINGO 17 DE JUNIO DE 1962

# MANO A MANO

## JUAN CLARET

Juan Claret es uno de los cuatro pintores que exponen bajo el denominador común «Cero figura». Nuevas ideas sobre el mural. Integración de las artes plásticas en la arquitectura. Cinco arquitectos, cuatro pintores y un escultor.

Claret habla por los pintores, bajo la vigilancia de sus colegas expositores.

—¿Os proponéis hacer algo útil, o sencillamente llamar la atención?

—Las dos cosas, pintar, yo creo, es hacer algo útil, y siempre que se hace una exposición es para llamar la atención; pero esta vez nos dirigimos especialmente a los arquitectos.

—¿Estáis de acuerdo con el Colegio de Arquitectos?

—Yo no.

—Yo no —Hernández Pijuan.

—Yo no —Vilacasas.

—Estoy de acuerdo con Xavier Busquets y con Picasso, pero no estoy de acuerdo con el edificio —Tharrats.

—Yo sí —interviene el crítico Santos Torroella—, porque podía haber sido mucho peor.

—¿Creéis que, visto lo que exponéis, vosotros hubierais provocado un escándalo mayor?

—Es que escandalizarse depende de la capacidad de admisión del espectador —Claret.

—A mí no me parece nada escandaloso el Colegio de Arquitectos —Santos Torroella—; creo que lo que hubiera hecho «Cero figura» si hubiera sido escandaloso, en el mejor sentido de la palabra; porque no repetiría las soluciones rutinarias de hace más de cuarenta años.

—A mí me escandaliza más el gótico funcional de la fachada de la Catedral y las piedrecitas pesebrísticas que cada día se le van añadiendo a su alrededor —Vilacasas.

—¿Os lamentáis, pintores, de estar supeditados al arquitecto?

—Lo lamentable es no encontrar el arquitecto al cual podamos supeditarlos —Claret.

—¿Hay divorcio entre pintores y arquitectos?

—Se nos llama cuando el enfermo está ya muerto —Tharrats.

—No lo diréis por Picasso, que te ofrecieron lo mejor y bien vivo —digo yo.

—Rindieron culto a la personalidad —Claret.

—¿No deseariais cada uno de vosotros tener esa suerte?

—Sí —Vilacasas—, pero no por encargo esporádico. El Ayuntamiento, de la misma manera que tiene una brigada de limpieza, debería tener su brigada de pintores de fachada: nosotros.

—¿Os resignaríais a este papel?

—Sí, de igual modo que se resignaron los maestros del Renacimiento a sus mecenas —Claret.



—En aquella época —Tharrats—, un Giotto y un Masaccio entraban por la puerta de servicio.

—¿Os gustaria ser anónimos?

—A mí no me importaría —Claret—, pero la época no lo permite.

—¿Quién te impide no firmar?

—El público, que exige, antes que obras, firmas; es más fácil vender una falsificación firmada, que una obra auténtica sin firmar.

—¿Os agarráis a la arquitectura porque no tenéis salida como pintores de caballete?

—Queremos volver al mural. Es la pintura de caballete la que está en falso —Claret.

—No se trata de tener una salida —Tharrats— sino de buscar todas las salidas posibles, y la arquitectura dio origen a una de las más apasionantes.

—No nos agarramos a los arquitectos —Hernández Pijuan—; invitamos a los arquitectos a que se agarren a nosotros.

—Eso de la «salida» es lo mismo que preguntarme cuánto dinero llevo en la cartera —Vilacasas.

—No me importa, ¿A quién creéis que representáis? —pregunto.

—Aunque parezca paradójico, a la sociedad de mañana, pero tal vez no a la de pasado mañana —Tharrats.

—Creo —Santos Torroella— que la obligación de cada hombre, o de cada artista, es hoy, cuando tanto gregarismo existe, presentarse a sí mismo lo mejor que pueda y sepa.

—A mí no se me han dado credenciales para representar a nadie —Claret.

—¿Yo qué sé a quién represento; de momento, a Hernández Pijuan —el mismo.

—Al pintor de andamio —Vilacasas.

—Ahí está vuestro sitio...